



Vulnerabilidad, vinculación, vigilancia

(La gran lección de la pandemia)

N. 257. Abril 2021. Suplemento del Cuaderno CJ n. 222.
Cristianisme i Justícia. Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona
93 317 23 38 • info@fespinal.com • www.cristianismejusticia.net

Vulnerabilidad, vinculación (por nuestra mutua dependencia y solidaridad) y responsabilidad (o vigilancia) son la base de nuestra condición de seres humanos y la llave para nuestro desarrollo. Estas iniciales V¹ deberían sernos hoy guías para leer bien nuestro presente y actuar de una manera que sea, a la vez, universal y práctica, tanto en nuestro trabajo como en todos los campos de la vida.

Este escrito pretende visibilizar esas tres iniciales en nuestra imagen del ser humano:

- Los seres humanos somos vulnerables, débiles y frágiles.
- Dependemos unos de otros y estamos vinculados unos con otros.
- Nuestra conciencia nos llama a todos a una responsabilidad universal (para con nosotros mismos, para con los demás y para con el mundo).

Intentaré darle a nuestra visión un marco amplio que subraye los tres rasgos citados y destaque ese aspecto más humilde y situado de la existencia humana. Necesitamos una imagen del ser humano válida para el futuro y globalmente liberadora, que integre presente y futuro de manera cada vez más interconectada y más femenina, y que complete la imagen nacida de los valores angloamericanos (individualidad, autodeterminación y desarrollo personal), los cuales se han convertido en una parte fundamental de nuestro modo de pensar.

Escribo siendo consciente de mi responsabilidad social, no solo como persona sensible ante el dolor de mi época o como consejera psicológica de análisis transaccional. También como teóloga cristiana para quien los tres conceptos elegidos son fundamentales. Pienso en esa «vulnerabilidad de Dios» en nuestra

historia, que se ha hecho visible a través de Jesús, el Hijo de Dios crucificado. Pienso también en la orientación ético-social cristiana, en el amor responsable hacia el prójimo, en la fraternidad universal y la amistad social que trascienden viejas fronteras locales y políticas y nos unen a todos como iguales hijas e hijos de Dios.

En toda visión del ser humano confluyen unas orientaciones fundamentales (más bien implícitas), que acuñan nuestras conductas y nuestras convicciones. Buscamos ahora una visión del ser humano adaptada a nuestra situación y a nuestra época, y que haga justicia a la realidad de nuestra existencia en esta modernidad tardía.

Vulnerabilidad

La vulnerabilidad humana es perceptible a primera vista. El ser humano carece de «corteza» (esa piel dura y gruesa que a veces nos recomiendan); carece de plumas y de coraza, está desprotegido. Su piel es supersensible. Eso nos hace radicalmente distintos de todos los mamíferos a cuyo género pertenecemos biológicamente. Los cuerpos humanos son todos estructuralmente frágiles. A eso se le añade su progresiva indefensión y posibilidad de ser heridos.

Ya en nuestra infancia somos vulnerables al máximo: el lactante depende totalmente de la vinculación y la responsabilidad de otros; y esa dependencia relacional infantil configura nuestro ser humanos. La misma vulnerabilidad afecta después al individuo, sobre todo en la vejez (que, hoy en día, abarca casi un tercio de la vida). Creo que esas edades de la vida particularmente vulnerables

(infancia y senectud) reclaman una mejor comprensión de la fragilidad humana.

Leonardo da Vinci, con su figura del humano Vitruvio, grabó en nuestra historia la imagen de un hombre-varón, apoyado en sí mismo, completo y no necesitado de nadie: es la figura de un cuerpo masculino bien proporcionado, bien formado, en medio de un círculo y un cuadrado; un individuo autónomo abstracto, que nunca se cansa ni envejece, ni pasa hambre ni muere. Esa dignidad masculina que descansaba en el poder del varón como fundamento del «hombre y ciudadano libre» ha sido el paradigma para nuestro presente².

Pero la vulnerabilidad marca a los individuos en lo corporal y en lo anímico. Siegfried Lenz, un escritor alemán de la era de la posguerra del siglo xx, escribió una breve historia (*La noche en el hotel*) en la que habla del «alma de cristal» de un joven cuyo padre se afana y se preocupa por él sin descanso: «Digo que está completamente sano, pero está en peligro: ese pobre rapaz tiene un alma de cristal y por eso vive amenazado» (p. 3 y ss.).

La protección de cada persona (tanto de los más tiernos y necesitados de cuidado en nuestra sociedad como de los particularmente amenazados en el resto del mundo) interpela a nuestra imagen del ser humano. Y hoy, en un mundo como el nuestro de más publicidad y más posibilidades, debería convertirse en un derecho humano universal. El dolor y la necesidad de las víctimas, tanto el de esas que gracias a los medios de comunicación llegan hasta nuestras casas (fugitivos en busca de tierras acogedoras, víctimas de la guerra o del cambio climático) como también la de esos niños invisibles que soportan pobreza o violencia doméstica; cuestionan un contrato social que no está

en disposición de crear unos derechos humanos universales y eficaces.

La extraordinaria fragilidad y sensibilidad del ser humano es como una pregunta por su protección. En mi opinión, nos faltan modelos para proteger a las personas. Más bien parece que la meta es no necesitar nunca de los cuidados. Creo, sin embargo, que la capacidad de ser heridos y la necesidad de protección son temas fundamentales de nuestra existencia.

Vinculación

Nada de lo que tengo y de lo que soy ni ninguno de mis patrones de conducta me lo debo a mí misma. Todo ha ido desarrollándose a partir de la relación y la dependencia. Y debo agradecerlo a otros, tanto desde el punto de vista biológico como existencial. Aunque el bebé sea separado del pecho de su madre, queda remitido al intercambio afectivo con las personas con que se relaciona.

A pesar de las posibilidades crecientes de configuración en nuestro camino hacia la madurez, sostengo que nuestra concepción de la autonomía y la libertad debe ponerse cada vez más en relación con esa experiencia universal de estar remitidos a otros y ligados existencialmente con ellos. Desde el punto de vista biológico, el individuo humano, como bestia corporalmente poco dotada, solo sobrevive gracias a las intervenciones comunitarias.

Hay imágenes procedentes del s. XII y de la Edad Media tardía que se apoyan en las visiones que en su día describió Hildegarda de Bingen y que hoy todavía nos hablan. Por ejemplo, el llamado «círculo vital» evoca una imagen del mundo y del ser humano que se acopla con los ritmos de la naturaleza y sus ciclos temporales

anuales, y se corresponde con el correr de la vida desde el nacimiento hasta la muerte. Son hombres que nadan al compás de los latidos del cosmos, como revestidos de un cinturón verde. Este cinturón verde simboliza un concepto importante de la teología de Hildegard, «la potencia verde» (*die Grünkraft*), que expresa el poder de la vida y el poder de Dios que todo lo empapa. Con lenguaje del análisis transaccional, hablaríamos simplemente de la naturaleza (*Physis*).

Todos los organismos o seres vivientes se originan, se mantienen vivos, se desarrollan y perecen mediante procesos de intercambio, tanto materiales como energéticos («espirituales»). Procesos que tienen lugar tanto en el interior del organismo como en relación con su entorno. En esa interacción dinámica, los humanos podemos negociar de manera saludable una serie de encuentros amorosos y sensibles que son una verdadera experiencia para los que en ellos participan.

Vigilancia

La palabra vigilancia (responsabilidad) incluye la disposición y el ánimo para responder a otro; y eso tanto en la lengua alemana (*Antwort*) como en las lenguas románicas.

Ese aspecto relacional está presente en las tres palabras de nuestro título, pero hay que acentuarlo más en la responsabilidad. Es cierto que los acompañamientos y las terapias nos ayudan a percibir y afrontar perniciosos enredos colectivos; pero esa atención no debe llevarnos a una mentalidad que invite a apearnos de nuestra responsabilidad para con los demás y abrir demasiado espacio a las inclinaciones individualistas. La piel tan fina del animal

humano posibilita una enorme sensibilidad que se traduce en el «poder ser tocados» psíquicamente. La posibilidad de ser heridos y la capacidad para la empatía reclaman una conciencia de nuestra responsabilidad social y una obediencia a nuestros impulsos de compasión y diálogo.

A los seres humanos se nos exige ser cuidadosos y asumir responsabilidades mutuas. Somos seres provistos tanto de gran necesidad corporal como de magníficos recursos para que nos pongamos al servicio de los otros de manera responsable y audaz. Y esto vale tanto en el campo personal como en el político: el planeta Tierra nos está llamando a una responsabilidad colectiva para con la Madre Tierra y por la supervivencia de todas las formas de vida.

En los actuales procesos de cambio, podremos moldear todos los espacios vitales cuando nuestra convivencia esté marcada mucho más por la solidaridad y el cuidado que por la rivalidad o competencia; y más por la confianza que por la desconfianza y la hostilidad.

Conclusión

Estoy abogando por un tipo de ser humano con ojos bien abiertos hacia la vulnerabi-

lidad, la vinculación y la responsabilidad: ojos muy abiertos hacia la fragilidad tanto del planeta como de cada individuo. Los seres humanos somos mutuamente responsables, en la medida en que dependemos unos de otros y estamos ligados unos con otros, tanto en lo ecológico como en lo económico, lo político, lo sanitario y lo tecnológico e informativo.

Tal actitud interna, orientada hacia el bienestar de los demás y del mundo, tiene más vigencia en un presente como el nuestro que se caracteriza por sacrificar una parte de la humanidad en nombre del beneficio de aquellos que viven totalmente a su gusto y esto cuando ya es técnicamente posible que todos puedan tener acceso a los medios de vida básicos.

Y esa actitud es fundamental en estos días del coronavirus que nos hacen sentir de manera especial el significado de nuestras tres palabras (vulnerabilidad, vinculación, vigilancia), estos días en que cada cual está amenazado de ser contagiado por el otro o ser contagiador del otro. Y, sin embargo, hemos de encontrar creativamente maneras de mantener nuestros contactos que nos permitan seguir relacionándonos cuidadosamente.

Nora Borrís³

-
1. [N. del T.] El texto alemán habla de tres uves (*Verwundbarkeit, Verbundenheit, Verantwortung*). En el título castellano he echado mano de la vigilancia para mantener esa identidad de iniciales. Pero en el texto usaré el término responsabilidad, que es mucho más claro y expresivo.
 2. Ver LAGUNA, José (2020). *Vulnerables. El ciudadano como horizonte político*, Barcelona: Cristianisme i Justícia, Cuaderno n.º 219, pp. 14-17.
 3. Nora Borrís es alemana, certificada en Análisis Transaccional. Ha sido pastora protestante y estudió un semestre de su carrera teológica en el Centre Borja de St. Cugat del Vallès. El original de este artículo (*Verwundbarkeit. Verbundenheit. Verantwortung*) se publicó en *Zeitschrift für Transaktionsanalyse* 2/2021. Traducción y condensación de José Ignacio González Faus.